

# LAUS BOLETIN DEL ORATORIO DE ALBACETE

N.º 97

JUNIO

1971

## LA IGLESIA

Después de Cristo, la Iglesia, que es, en expresión de Bossuet, su extensión. Una extensión todavía dolorosa, contrastada, cubierta del polvo del mundo, desfigurada muchas veces, como el rostro de Cristo camino del Calvario, con la Cruz auestas. Pero una extensión auténtica, en pleno misterio, identificándose, a pesar del acecho de las contradicciones, y precisamente a causa de ellas, con el Cristo que redime, con el Cristo "que ha de padecer mucho, que ha de ser desechado por los jefes del pueblo, por los sumos sacerdotes y letrados, que ha de ser ejecutado; pero que resucitará", y con El sus redimidos.

Esta realidad "cristiana" de la Iglesia permanece oculta para muchos hombres, llámense cristianos o no. Demasiado hemos tenido —y no faltan los que desearían que así siguiera siempre—, sobre la Iglesia, un concepto histórico, solamente pretérito y estático, a base de un evangelio idílico, de un recuerdo pascual, de un pentecostés milagroso y de un santificacionismo automático, seguido de una paz política —constantiniana— que lo guarda y ampara, con la arrogancia de detentar la coincidencia cívica de la sociedad de los hombres "buenos" con Dios. Hemos fosilizado el concepto de Iglesia y, para que no lo pareciera tanto, hemos añadido a la vetustez fosilizada, la superficialidad de dinámicas teatrales o de actividades propagandísticas sobre aspectos descomprometidos, o intrascendentes, o lejanos, de efímera carga simbólica y ajenos a la vida. Y no. Pso no es la Iglesia, a no ser que fuese posible concebirla como algo desligado de Cristo. El mundo —"el espíritu del mundo— y los que monopolizan en él su poder, quisieran una Iglesia —pseudo-Iglesia— así; una Iglesia sin misterio cristiano, una Iglesia desidentificada con Cristo; una Iglesia fosilizada, muerta, decorativa, teatralizable, manipulable.

Después de servir de comparsa o de decoración, una Iglesia así, no tendría ninguna misión en este mundo, más allá del simple recuerdo literario del Evangelio, previamente censurado en cuanto a interpretaciones vivas y necesarias.

La Iglesia, extensión de Cristo, no es un fósil, sino un ser vivo, aunque tantas veces sea inevitable que su rostro se cubra con el polvo del camino mundano que recorre. La Iglesia es viva y por eso, en ella, padece lo mismo y por lo mismo que Cristo padeció, cuando se repite —cuando se extiende— el contraste que Cristo provocó. A la Iglesia no le costaría nada evitar incomodidades o persecuciones ante los poderosos, celosos por dominarla, y mucho menos en un mundo en el que todas las cosas se pueden poner a precio; pero entonces se prostituiría, y sería irreconocible, no ya frente a los hombres “que esperan en las promesas de Dios”, sino frente a Dios mismo. “Y si la sal se hace insípida, ¿con qué salaremos?”

Afortunadamente el zarandeo mundano no puede derribar jamás a la Iglesia, aunque a ratos consiga reducirla a silencio o amodorrarla en la inhibición esterilizante. La luz y la sal es Cristo; Cristo que fue amigo de todos sin ser comparsa de nadie; Cristo que vino a dar testimonio de la Verdad y que El mismo era la Verdad; Cristo que no perdió el tiempo ni con Herodes ni con Pilatos, ni siquiera para pedir parecer sobre quienes debía elegir para apóstoles; Cristo que fue acusado de sedicioso cuando traía el Evangelio de la paz; que fue condenado por blasfemo y era el Hijo de Dios, y por político sólo porque no se avino a colaborar con las ansias de poder temporal de los que le entregaron a la muerte.

La vida de la Iglesia es un misterio, el misterio mismo de Cristo. No nos extrañe que sea necesaria mucha fe para dilucidar su identificación cristiana, y mucha fortaleza para aceptarla. Y un poco de lucidez para superar las superficialidades con que los poderosos del mundo, interesadamente, la desfiguran. Y libertad de alma para amarla como Cristo la quiso.

## **MISAS HORARIO DE VERANO** **Julio - Agosto - Septiembre**

**DOMINGOS y DIAS FESTIVOS:** 10 y 11 mañana y 8 tarde

**SABADOS y VISPERAS DE FIESTA:** 8 de la tarde

**DIAS LABORABLES:** 7'45 de la mañana y 8 de la tarde

En octubre se repondrá la misa festiva de las doce.

**•Estad siempre dispuestos a dar razón  
de vuestra esperanza». (I Pedro, 3, 15).**

A quien me pregunta por qué soy hombre de esperanza a pesar de la crisis presente, le contesto:

Porque creo que Dios ama ece siempre nuevo

Porque creo que, en este mismo momento, está creando el mundo y no que lo creó en un pasado lejano para luego olvidarse de él.

Pienso en ahora y que es preciso estar dispuestos a esperar lo inesperado de Dios.

Los caminos de la Providencia siempre son sorprendentes.

No somos los prisioneros del determinismo ni de los sombríos pronósticos de los sociólogos.

Dios está aquí, cerca de nosotros, imprevisible y amante.

Soy hombre de esperanza, y no por razones humanas ni por optimismo natural. Sino, simplemente, porque creo que el Espíritu Santo actúa en la Iglesia y en el mundo, incluso donde su nombre es ignorado.

Soy optimista porque creo que el Espíritu Santo es siempre el Espíritu creador. Da cada mañana, a quien lo sabe acoger, una libertad para estrenar y una nueva provisión de alegría y confianza.

Toda la historia de la Iglesia está llena de las maravillas del Espíritu Santo: ved, por ejemplo, cómo los profetas y los santos, en horas sombrías, han suscitado corrientes de gracias y han proyectado sobre los caminos del mundo, un rayo de luz.

Yo creo en las sorpresas del Espíritu Santo.

Juan XXIII vino, sin que lo hubiésemos previsto.

El Concilio también.

Ni remotamente lo hubieramos sospechado.

¿Quién se atrevería a afirmar que se han agotado los recursos de Dios?

Esperar es un deber, no un lujo.

Esperar no es soñar: es el medio para transformar un sueño en realidad.

¡Bienaventurados los que tienen la audacia de soñar y que están, al mismo tiempo, dispuestos a pagar el precio necesario para que su sueño —su esperanza— tome cuerpo en la historia de los hombres!

**Cardenal SUENENS**

# UN LLAMAMIENTO A LA ACCION

*Nuevamente dirigimos a todos los cristianos, de manera apremiante, un llamamiento a la acción. En nuestra encíclica sobre el Desarrollo de los Pueblos insistíamos para que todos se pusiesen a la obra: "Los seculares deben asumir como su tarea propia la renovación del orden temporal; si la función de la jerarquía es la de enseñar e interpretar auténticamente los principios morales a seguir en este campo, pertenece a ellos mediante sus iniciativas y sin esperar pasivamente consignas y directrices penetrar del espíritu cristiano la mentalidad y costumbres, las leyes y las estructuras de su comunidad de vida". Que cada uno se examine para ver lo que él ha hecho hasta aquí y lo que debería hacer. No basta recordar los principios, afirmar las intenciones, subrayar las injusticias clamorosas y proferir denuncias proféticas: estas palabras no tendrán peso real, si no van acompañadas en cada uno por una toma de conciencia más viva de su propia responsabilidad y de una acción efectiva.*

*Resulta demasiado fácil echar sobre los demás las responsabilidades de las injusticias, si al mismo tiempo uno no se da cuenta de cómo está participando él mismo y cómo la conversión personal es necesaria en primer lugar. Esta humildad fundamental quitará a la acción toda inflexibilidad y todo sectarismo; evitará también el desaliento frente a una tarea que se presenta desmesurada. La esperanza del cristiano le viene en primer lugar de saber que el Señor está obrando con nosotros en el mundo, continuando en su Cuerpo que es la Iglesia—y mediante ella en la humanidad entera—la Redención consumada en la Cruz y que ha estallado en victoria la mañana de la Resurrección; le viene también de saber que otros hombres están a la obra para emprender acciones convergentes de justicia y de paz; pues bajo una aparente indiferencia, existe en el corazón de cada hombre una voluntad de vida fraternal y una sed de justicia y de paz, que él trata de desarrollar.*

*De este modo, en la diversidad de situaciones, de funciones, de organizaciones, cada uno debe situar su responsabilidad y discernir en conciencia las acciones a las cuales está llamado a participar. Sumergido en corrientes diversas, donde al lado de aspiraciones legítimas se deslizan orientaciones más ambiguas, el cristiano debe guardar una distancia y evitar comprometerse en colaboraciones incondicionales y contrarias a los principios de un verdadero humanismo, aunque sea en nombre de solidaridades efectivamente sentidas. Si quiere jugar, en efecto, una función específica en cuanto cristiano, de acuerdo con su fe—función que los mismos no creyentes esperan de él—, debe velar en el seno de su compromiso activo por esclarecer los motivos, por rebasar los objetivos perseguidos con una visión más comprensiva que evitará el peligro de los particularismos egoístas y de los totalitarismos opresores.*

PABLO VI  
(14.5.1971)

# QUEDARSE EN LA IGLESIA

*La misma condición de "militante"—como llamamos a la Iglesia todavía peregrina por este mundo—supone imperfección, mezcla de trigo y cizaña, oscurecimiento del bien por la posibilidad del mal, adulteración de la verdad por la presencia del error. La Iglesia sabe que ni posee la exclusiva del bien, ni la plenitud de la verdad; aunque sí lo suficiente de lo uno y de lo otro—y no por méritos humanos—para llevar adelante su misión de mandataria de Cristo y poder ayudar a los hombres a encontrarle, a reconocerle, a amarle, a vivir su vida. A pesar de su propia limitación; a pesar de las limitaciones de los hombres.*

*En el decurso de su largo—según nuestra medida—caminar de veinte siglos, la tensión entre lo que ella ha de ser y lo que todavía es, y lo que los hombres han de alcanzar y todavía no alcanzan, ha dado lugar a múltiples fenómenos que, para algunos—impacientes, exigentes o irreflexivos—se han traducido en desesperación o reprobación frente a la Iglesia, mientras para otros ha suscitado un sentimiento de frustración o desencanto, sin alcanzar la forma de abandono de la Iglesia o de apostasia de la fe, a pesar de todo mantenida, pero apenumbada por una resignación triste, con frecuentes asaltos de incertidumbres, que sólo abdicando a la reflexión era posible amortiguar u olvidar, ya que no superar.*

*En nuestra época, lo mismo que en épocas pasadas de crisis—de cambio—y de purificación, resurge con viveza este fenómeno, sobre todo entre cristianos para quienes su fe no permanece reducida a un conjunto de prácticas, o de asepsias moralizantes, o de calificación social, o de sectarismo partidista.*

*Por eso resulta tan difícil juzgar a todos los que abandonan a la Iglesia. No es necesario alabar siempre a los que se van, pero no hay duda que, en muchos casos, su despido doloroso ha constituido un verdadero acto de honradez que hay que respetar, por lo menos, cuando no se puede comprender. No solamente en los casos de abandono, porque creen que no pueden corresponder al mínimo de exigencias de perfección que se les impone, sino también cuando se van, porque piensan—no valoramos su actitud—que para ser mejores les conviene estar fuera.*

*No nos referimos, naturalmente, a esos que dicen que se van, pero que, en realidad, nunca han estado, porque no han salido de la Iglesia, sino de una nebulosa autofabricada con la que la habían confundido, o, simplemente, por-*

que era tan superficial como sonora su profesión de cristianismo. Nos referimos a los conscientes, a los capaces de comprometer una existencia, de apostar una vida por un ideal absoluto. Esos no pueden dejarnos indiferentes ni en sus críticas, ni en sus abandonos.

También lo ha entendido así una editorial alemana, de Munich—la Manz-Verlag—que acaba de publicar un libro en el cual se contienen las respuestas de escritores, políticos y teólogos, tanto católicos como protestantes, los cuales, en número de treinta dan su razón a esta pregunta: ¿por qué permanezco en la Iglesia?

Nosotros transcribimos los párrafos principales de la que ha dado el teólogo católico Küng.

## **NO RENUNCIAR A LA GRAN TRADICION CRISTIANA**

Lo mismo que para un judío o para un musulmán, tiene importancia, para un cristiano, el hecho de haber nacido—quiera o no quiera—en el seno de una comunidad en la cual ya se ha decidido la integración a una tradición que luego es difícil cortar y que perdura por el mismo deseo de continuar unido a la propia familia.

Para muchos es ésta una razón para permanecer en la Iglesia, y también para servirla. Quisieran oponerse a las tradiciones eclesiásticas esclerosas que hacen difícil, o hasta imposible, el ser cristiano; pero no quisieran romper con la gran tradición cristiana y eclesiástica. Quisieran someter a revisión las instituciones y las estructuras de la Iglesia cada vez que las juzgan opresivas para las personas; pero no quisieran renunciar a un mínimo indispensable de instituciones y de estructuras sin el cual ni siquiera una comunidad de fe puede ser perdurable, y sin el cual se condenaría a una insoportable soledad personal a demasiados fieles. Quisieran oponerse a la pretensión de las autoridades eclesiásticas en la medida en que ellas conducen a la Iglesia según sus propias ideas y no según el Evangelio; pero no quisieran renunciar a la autoridad moral que la Iglesia puede ejercer dentro de la sociedad cada vez que actúa realmente como Iglesia de Cristo.

También yo me quedo en la Iglesia, porque en esta comunidad de fe puedo, al mismo tiempo, de una manera crítica y solidaria, adherirme a una gran historia de la que vivo junto con los demás. Puesto que, como miembro de esta comunidad de fe, soy yo mismo Iglesia y no pienso confundir a la Iglesia ni con su aparato organizativo ni con sus administradores; a los que no corresponde en exclusiva la tarea de formar la comunidad. Respecto a las grandes cuestiones que conciernen al hombre y al mundo—de dónde venimos, a dónde vamos, por qué razón, con qué objeto—encuentro aquí, a pesar de todas las grandes objeciones, mi patria espiritual.

## DEJARLA SERIA MEZQUINDAD

Podría dar las mismas razones, para abandonarla, que las dadas por los que ya se han ido. Para ellos puede haber sido un acto de lealtad, de valentía, de protesta, o simplemente de exasperación y aversión; pero para mí personalmente sería un acto de desesperación, de debilidad, de capitulación. Presente en las horas más felices, no la abandonaría durante las tempestades. He recibido demasiados beneficios en esta comunidad de fe para que me sea fácil olvidarlo. Me he comprometido demasiado, yo mismo, en el camino del cambio deseado y de la renovación, para correr el riesgo de decepcionar a los que, conmigo, trabajaban en lo mismo. Sería dar una alegría a los adversarios de la renovación. No renunciaré a actuar *desde dentro* en la Iglesia. Otras soluciones—otra Iglesia, o sin Iglesia—no me convencen: las rupturas conducen al aislamiento del individuo o a una nueva forma de institución. Cualquiera iluminismo lo confirma.

## AMO A ESTA IGLESIA

Cuando las deficiencias evidentes de sus jefes han conmovido la autoridad, la unidad y la credibilidad de esta Iglesia, y cuando no duda en manifestarse sin ocultar sus debilidades, errante y buscando caminos nuevos, me viene a los labios, más fácilmente que en las épocas de los grandes triunfos, esta expresión: a esta Iglesia yo la amo—tal como es y tal como podría ser.

La amo, y no como a una "madre", sino como la familia de los creyentes por la cual, a fin de cuentas, existen estas instituciones, estos reglamentos y estas autoridades que a veces hay que soportar. Comunidad de fe que, todavía hoy y a pesar de sus deficiencias, es capaz, entre los hombres, no solamente de causar heridas, sino también de hacer milagros: cuando se presenta de hecho como el lugar donde se recuerda a Jesús, mientras combate en toda verdad, con la palabra y con la obra, por la causa de Jesucristo.

Mi cristianismo no lo he sacado de los libros, ni siquiera de la Biblia, sino de esta comunidad de fe que, a través de los siglos, mejor o peor, ha suscitado la fe en Jesucristo y el compromiso en su Espíritu. Falta todavía mucho para que este llamamiento de la Iglesia sea una proclamación pura, de la pura palabra de Dios; es todavía un llamamiento humano, muchas veces demasiado humano. Pero lo que constituye la esencia de su mensaje continúa siendo perceptible.

Me quedo en la Iglesia, porque extraigo, de la fe, la esperanza. Por ella vale la pena comprometerse, con decisión. El programa de Jesucristo es más fuerte que todo escándalo organizado en y con la Iglesia. Yo no me quedo en la Iglesia a pesar de que sea cristiano, sino precisamente porque soy cristiano.

# LA TAREA DE LA FE

Existe un enfrentamiento entre el mensaje de Jesucristo y las grandes corrientes filosóficas modernas, muchas de las cuales son ateas, y todo dentro del marco de una civilización en plena agitación revolucionaria. Como cristianos no podremos superar esto con una simple generosidad, sino por medio de un doloroso esfuerzo de pensamiento en ligazón indisoluble con una experiencia mística. Será una batalla difícil. Hará falta sentido común, competencia y perseverancia: sobre todo nos será preciso tener la fe de San Pablo, escándalo para los judíos—para los mismos creyentes—, locura para los paganos. Es decir, la sagrada historia de Jesucristo, muerto y resucitado. La Resurrección del Señor está en el centro de nuestra fe.

La tentación de la Iglesia podría ser temer el combate o dejarse absorber por el mundo; acomodarse al gusto del momento... y no tener ya nada que decir, que pueda importar. Yo temo que cuando se llegue al año 2050 ó 2100, cuando se hará la historia de nuestra época, se pueda decir: "la civilización técnica post-industrial fue engendrada—por lo menos en gran parte—por los cristianos; pero se olvidaron de impregnarla de lo mejor que ellos tenían, Cristo. Tuvieron miedo de penetrarla de su Espíritu; no supieron hacer brotar el único manantial de esperanza en el corazón de un mundo de acero: la vida eterna". Es decir, el amor, Dios, la muerte, la esperanza, cosas todas que no son palabras.

El hombre me parece dislocado, descuartizado: o bien piensa solamente con su cerebro, o bien se abandona a su sensibilidad. Acusa esta dislocación. Le falta la caridad, este conocimiento del corazón, que diría Pascal.

Hablamos de la fe. Pero la fe no es un sentimiento; tampoco es una evidencia científica. La fe es un conocimiento místico. El creyente, como el enamorado, posee un camino secreto para llegar al conocimiento del Amado. Con ello ni despreciamos la ciencia, ni deseamos la sensibilidad. Pero es imposible conocer a Cristo fuera de esta experiencia mística (mística, pero no rara). De ella proviene la alegría del creyente, el enraizamiento de su convicción y la fuerza de su testimonio.

La fe da estabilidad y seguridad. El creyente puede decir estas mismas palabras de San Pablo: "sé en quien he confiado". Y mientras avanza en años, la fe se despeja, se aclara y se purifica, y está en la vida de todos los días.

¿No os parece que la fe es lo más importante para los cristianos de nuestra época?

CARDENAL FRANÇOIS MARTY  
ARZB. DE PARIS